

Si soy capaz de saber cómo

[1]



y, si no lo soy, contaré la bronca que me echó Sonia por la tarde en el museo del Prado, frente a la fragua de Vulcano — le expliqué a mi amigo intentando devolverle la confianza en mis dotes creativas que, por su actitud distante y la mirada ausente que dedicaba a los papeles, me daba la impresión de que empezaba a perder — por tener



tan poquísimos seso y tan prácticamente nulo sentido de la responsabilidad tomando decisiones de tanta importancia y que afectan de un modo tan esencial a, dijo, “las vidas de todos nosotros” e incluso, abundó, las de personas del todo inocentes que están lejos tan tranquilas o tirando de sus propios problemas como pueden o su creador les da a entender y no tienen la menor idea ni de nuestras existencias ni de los líos que nos traemos.

– Con lo sencillo que hubiera sido que usted — “me reprochó, abanicándose con el catálogo”, catálogo que en realidad no era tal sino un periódico deportivo, doblado, que llevaba bajo el brazo un hombrecillo de mono azul que tomaba un cortado en la barra¹ — se inventara otro tipo de historia; de otras gentes que no fuésemos ni yo, ni mi

¹ Pero mi amigo no iba a notar la diferencia porque estaba de espaldas.

marido, ni sus padres ni mis hijos ni nadie de nuestros familiares² ni de nuestros conocidos ni de nuestro entorno. Y ahora — “agregó en tono muy sereno, doblando el catálogo y metiéndolo en su bolso”, dije mirando cómo el hombrecillo salía por la puerta con su mono³ — pretende salir del embrollo en que nos ha metido a todos desviando la atención del lector, confundiéndolo de una forma del todo deshonesto con no sé qué bronca que, entérese, y vaya si es que quiere salvar su obra cambiando de idea, no pienso echarle y, menos aun, aquí, delante de todo el mundo y sola, sin ningún apoyo, sintiéndome totalmente desvalida sin la presencia ni el respaldo de mi marido,

Y ya tenía puesta la coma, y la coma es prueba inequívoca de que a continuación va a venir algo⁴, cuando Lola — y como mi amigo, al oírme nombrarla, pareció salir

² Porque que qué falta nos estaba haciendo, dijo, a nadie, ninguna hermana de Celedonia para total matarla sin ni haber, la pobre, llegado a tener un nombre ni una fisonomía que adjudicarle ni poder soñar con, al menos, ocupar un lugar en el índice de personajes. Y yo le hubiera contestado — pero no se lo dije a mi amigo porque a la vista de la cara de poco interés que tenía entendí que era mejor abreviar y no meterse en filigranas — que, bueno, la noticia había sido escueta (por causa tal vez de que la conexión telefónica no fuera muy buena) y a lo mejor la cosa no era tan grave, y aun se reanimaba o, si no se reanimaba, “ahí tiene usted — que no lo dije, claro, por aquello de no extenderme con mi amigo y aquella pinta de hartó — al hijo, el que llamó; en él se verá perpetuada, y en sus hijos, y en sus nietos, y será de algún modo cómo no haber muerto del todo”. Pero no lo dije.

³ Un traje magnífico que se notaba a la legua que era por lo menos un Armani que le habría costado una pasta, pero el hombre no se iba a enterar de que había tirado el dinero porque para un soldador autógeno como él era un atuendo del todo inadecuado.

⁴ Recuérdese, en cualquier caso y para cuando el algo venga si es que viene, que yo quería quedarme con la última réplica.

de la modorra (o desinterés) en que lo venía viendo sumido y, de nuevo interesado, alzó la mano derecha y con el índice marcó en el aire uno de esos puntos indefinidos que indican aquiescencia o que la ocurrencia es buena, pensé que la opción era acertada y me animé a continuar —, porque Lola tiene la mala costumbre⁵ de simulando estar limpiando el polvo leer las páginas por encima de mi hombro y de hacer comentarios, me saltó con un “usted sabrá, pero convendría que tuviera más o menos pergeñada una buena explicación de cómo habían llegado al museo”.

– “Vamos, Lola”, le respondí — le dije a mi amigo —, y que no me hiciera perder el hilo con minucias ahora que me empezaba a encarrilar porque que eso qué más daba; y que habríamos llegado en metro o en autobús.

– “No señor”, replicó Lola — le seguí contando aunque omitiendo que el “señor” no era ese “señor” respetuoso que utilizan las criadas para dirigirse a sus empleadores, sino el “señor” un poco irritado o despectivo que suele acompañar a los noes dirigidos a quien termina de hacer o afirmar algo con lo que no se está en absoluto de acuerdo o se considera una idiotez; un “señor” que puede ser, en definitiva, un mocoso o un inferior y hasta un don nadie —, y que no se estaba refiriendo a eso, y que adoptar la actitud evasiva de dar una respuesta tan simple

⁵ “Aunque ya lo sabrás porque tengo idea de que ya te lo he referido en algún momento”, le dije, aunque lo lamenté de inmediato porque me asaltó la duda de si la que tenía esa costumbre era mi madre, que con tanta gente y tantas costumbres con las que batallar y cada cual de su padre y de su madre y sin ser uno (yo, en mi caso) ningún experto en psicología resulta complicado acertar con qué tipo de manías puedan ser las más acordes con tales o cuales rasgos de tantas y tan variopintas personalidades; pero como mi amigo no protestó lo dejé estar entendiendo que, a fin de cuentas, en algunos aspectos todas las mujeres son iguales.

Si soy capaz de saber cómo

[4]

podría ser interpretado por el lector como una cobardía y, “además”, añadió dejando a medio limpiar el polvo del respaldo del sillón y rodeando la mesa para ir a plantarse frente a mí, “Román se lo preguntará”.

– ¿Y quién es Román?

– Ah, no se me quiera usted marchar por la tangente. Ustedes los hombres tienen una forma de discurrir un tanto peculiar y piensan que en cuanto una les da un poco de confianza⁶...; y como él no creo yo que sea ninguna excepción se lo preguntará, y, usted, que perdone pero tampoco me da a mí la impresión de que lo sea, acabará dando alguna explicación plagada de tópicos y lugares comunes que no harían más que embarrarlo todo, ensombrecer la historia y darle un aire de vulgaridad que, el lector exigente como usted debe desear fervientemente que sea aun el menos exigente de sus lectores, recibirá como un jarro de agua fría, exclamará “válgame Dios, ya estamos con lo de siempre” y, decepcionado, cerrará el libro para no volverlo a abrir jamás y, ahora, soy yo quien le pregunta, y responda con toda sencillez porque la respuesta es facilita y aunque sea una obviedad a mí me va a parecer muy razonable, ¿quiere usted que pase eso con su libro?

– No — le respondí.

– Ahí iba yo — ella.

⁶ El móvil de Lola sonó en ese instante, ella lo sacó del bolsillo de su bata de trabajo y mantuvo una conversación muy breve en la que sólo pronunció monosílabos y terminó con un escueto “hasta luego”. A continuación, desconectó, lo depositó sobre la mesa y siguió hablando.

Si soy capaz de saber cómo

[5]

Y que pues entonces “vuelva usted grupas”, dijo, antes de entrar en el jardín en el que “está claro como el agua que se terminará metiendo sin saber, porque usted no va a saber porque usted no es de esa clase, desenvolverse en él” y que, sólo si yo quería, ella me daría unas indicaciones que “como una no es ni de lejos de la profesión y no tiene tomados los vicios y muletillas del escritor” podrían aportar un toque de originalidad a mi — es decir “nuestra”, me apresuré a puntualizar ante mi amigo — obra.

– “Está bien”, le dije — le dije a mi amigo —, “veamos qué es lo que usted sugiere”; y ella me contestó que subiera, arriba, a la página 2 donde ya tenía puesta la coma a continuación de marido, y siguiera así:

y de los niños y de mis suegros; que sin ellos pues como que no me hallo, la verdad...

– “Ah, por eso no debe preocuparse”, le respondí — proseguí, mientras mi amigo me escuchaba cabeceando y con gesto de estar muy poquito convencido — aduciendo que “todo el mundo” que la cohibía eran meros figurantes sin más cometido que el de mirar cuadros, que nosotros no les importábamos en absoluto y que era muy probable que ni reparasen en nosotros ni aun siquiera supiesen que existíamos, pero que, si algún reparo le quedaba, tuviese en cuenta que era casi seguro que fuesen extranjeros que no la entenderían y, si hablaba bajito⁷, no imaginarían (ni

⁷ El tono enojado, y el rictus de su rostro — endurecido por el enfado —, y su manotear y el echarse acalorada el cabello hacia atrás, y el desabrocharse el abrigo y abanicarse con el periódico dep..., quiero decir con el catálogo, ya los pondría yo (le dije) negro sobre blanco.

aun en el supuesto de que fueran⁸ algo más que figurantes) que me estuviese poniendo, como suele decirse en forma coloquial, como hoja de perejil o a bajar de un burro. “¿Lo entiende?”, le pregunté.

– ¿Y lo entendió? — Él, mi amigo, con ganas más que evidentes de terminar, que noté cómo se esforzaba por no bostezar.

– Dijo que sí — le contesté. Y, por resumir —: pero que de todos modos el museo estaba a punto de cerrar⁹ y no tendríamos tiempo de desarrollar en toda su extensión y con aceptable brillantez, allí, frente a una fragua fría que en nada nos concernía, una acalorada discusión que resultaría mucho más ambientada y en su salsa si la manteníamos en nuestro escenario habitual...

– “¿Y dónde está nuestro escenario habitual?”, pregunté yo con un cierto tonillo sarcástico.

– ¿Por qué “sarcástico”? — mi amigo.

La verdad era que lo había dicho nada más porque me pareció más literario terminar el capítulo y la cerveza

⁸ Llegado el caso y si se terciaba ocasión que lo requiriese.

⁹ Y miró ella el reloj, pequeño, de aquellos antiguos que se llamaban joya y hacía años que ya no estaban de moda pero ella lo seguía llevando porque tenía a lo mejor un valor sentimental porque se lo hubieran regalado quizás sus padres cuando cumplió los dieciocho años y aun ni siquiera conocía a Ramírez e imaginaba como ocurre a tantas jovencitas que encontraría a un príncipe azul que la tendría como a una reina y viviendo en una gran mansión con piscina y jardín y no en un pisito sencillo tercero o cuarto sin ascensor con cortinas de cretona en el cuarto de estar o en el salón que aunque lo pensé deprisa sin comas ni nada me lo callé puede que intimidado por lo de los bostezos y la cara de sueño que él disimulaba a cada instante peor y un poco menos.

Si soy capaz de saber cómo

[7]

— debía ser además tarde, porque la camarera ya colocaba las sillas patas arriba sobre las mesas, haciéndolas entrechocar con el esmero y buena voluntad que aplicaba cuando quería dar a entender que a ver si ahuecábamos el ala — con una réplica, y así me quedaba con la última palabra que se me representaba a mí como que más sencillo para luego, con calma, poder continuar, pero con las prisas no tuve cuidado de que la réplica no fuera una pregunta, y una vez que la pregunta estaba hecha se me antojó más redondo adjudicarle un tono que me salió “sarcástico” lo mismo que hubiera podido salirme de cualquier otra manera. Pero de todos modos parece (me pareció) que había sido un acierto, porque al mi amigo preguntarme el porqué pude responderle.

– Pues hombre — le contesté, por tanto — porque ha de suponerse que no existe un escenario habitual específico para nuestras discusiones porque, que yo recuerde, Sonia y yo no hemos discutido jamás...

– Ah — poniendo pegas mi amigo aun a pesar del aburrimiento, que a veces me desconcierta —, pero si no me estoy enterando mal no se trataría de discutir, sería ella, ella sola la que te pusiera las peras a cuarto. Y para eso sí que tendríais un escenario un poco habitual.

– ¿Sí? — Yo — ¿Cuál?

– A mí no me metas en esto — replicó —. Le has preguntado a ella y ella es quien te tiene que contestar, así que discurre.

Y dio una palmada seca, y encendió un cigarrillo e hizo con los dedos ese movimiento que se hace con ellos y la palma de la mano hacia arriba queriendo decir venga, que es para hoy. Y la camarera, que ya no sabía dónde ni a

qué aplicar el esmero ni la buena voluntad porque ya había apilado las sillas y sacado brillo a los espejos y al mostrador y barrido y fregado el suelo del establecimiento, decidió aplicarlos a acercárame y, muy sonriente, con perfecta amabilidad y la voz un poquito compungida como cuando se disculpaba con don Antonio por haber hablado a la mendiga del agua con aquel tono que él le recriminó, se me acercó al oído y me sopló:

– Perdóneme que voy a ser un poquito ruda, pero ella le dijo a gritos y mire que me avergüenza repetir algo tan poco elegante, cantamañanas cursi del carajo.

– ¿De veras? — Yo — ¿Dónde?

Y mi amigo dejó escapar una bocanada de humo, y vi cómo la miraba (a la camarera, no a la bocanada) sonriendo y entornando los ojos como queriendo dar a entender “lo ha hecho usted muy bien” para, acto seguido, fijar su mirada (burlona, sí, y puede que inquisitiva, una de esas miradas que dejan patente que si esperas una tregua o un respiro listo vas, pero afable) en mí que hice como que no me daba cuenta porque Sonia, después de dar largas y hacerse la interesante demorándose en morderse un pellejito del pulgar, se decidió a romper su silencio y responder:

– Pues en la mismita puerta de mi casa; bueno, de mis suegros, el día que nos conocimos ¿No se acuerda?

– “Anda, pero claro”, respondí,

Y ya tenía puesta la coma pensando que Lola seguiría hablando dictándome una respuesta más completa y elaborada al “¿no se acuerda?” de Sonia, evocando yo la tarde perfectamente soleada en que llegó con el pelo

Si soy capaz de saber cómo

[9]

mojado protestando “asco de lluvia” y yo pensé — por ejemplo, que no es que propiamente lo pensase y que, aunque lo hubiese pensado¹⁰, jamás lo escribiría — que regresaba de alguna cita clandestina¹¹ cuando Lola, sin hacer caso a mi pregunta o sin escucharme, ya había cerrado la puerta del piso y, mi amigo, según caminábamos hacia la del bar nosotros ya yo con la carpeta bajo el brazo, dijo “¿Y?”.

– “Y” ... ¿qué? — Yo.

– El móvil — él — que se lo dejó encima de la mesa.

¹⁰ Que no recuerdo si tan absorto, centrados como tenía todos mis sentidos en la papiroflexia, pensé algo o ni me fijé ni en ella ni en su aspecto ni en lo alterada que parecía y que hubiera sido, semejante cúmulo de circunstancias con el detalle añadido de que al quitarse el abrigo vimos (aunque todos aparentamos no darnos cuenta) que llevaba la blusa del revés, suficiente para que cualquiera más perspicaz que yo (y, sobre todo, más perspicaz que el marido) hubiera encontrado un auténtico filón para... (continuará)

¹¹ Pero Lola se calló, en seco, sin coma ni nada, y suspiró y musitó “lo que me temía”, y consultó su reloj y dijo se me ha hecho tarde, y salió del despacho y cuando regresó había cambiado la bata de trabajo por su ropa de calle, y dijo “bueno, hasta mañana, yo pretendía dejarlo encarrilado pero veo que no tiene usted arreglo”, y volvió a suspirar y taconeó hasta la puerta de calle, y desde allí alzó la voz para decirme “encontrará a Román entre los apuntes”. Y oí cómo se cerraba la puerta sin darme tiempo a contestar “¿qué apuntes?”.

Versaciones de un chupaplumas

Si soy capaz de saber cómo

[10]